Una vez más sobre el grave problema "De Lingua Latina rite excolenda"

Es extraña paradoja que, cuando estamos asistiendo a la depauperación del latín en los planes de estudio de la Enseñanza Media y al enrarecimiento del ambiente en torno al mismo en los medios culturales y pedagógicos, emerja sin rubores un movimiento «pro latín vivo» en sectores del mundo científico y literario. Testigo de ello, el Congreso de Aviñón de 1956, promovido por un científico, el Dr. Jean Capelle, y el convocado por segunda vez para septiembre del corriente año en Lión [1].

Y la paradoja resulta máxima, si la crisis y extenuación de la lengua del Lacio se produce en centros de formación eclesiástica, donde siempre se ha cultivado con intensidad por considerarla instrumento integral e imprescindible para las actividades futuras de sus miembros, futuros sacerdotes.

La cuestión es grave y de no pequeña importancia para el porvenir, puesto que ha llegado a provocar la intervención de la Santa Sede con la Epístola circular de la Congregación de Seminarios y Universidades, dirigida a los Ordinarios en 27 de Octubre de 1957, cuyo texto latino se publicó íntegro en el número anterior de esta revista [2].

---

[1] Cf. *Premier Congrès international pour le latin vivant*, Avignon, 3-6 Septembre, 1956. Edouard Aubanel Editeur Avignon. «Vita Latina», Janvier, 1959, 5.

[2] *De lingua latina rite excolenda*, «Helmantica», 31, 1959, 3-8.

Universidad Pontificia de Salamanca

Las razones alegadas en el preámbulo de dicho Documento, y las normas insistentes y eficaces que señala, como provenientes de tan alto Dicasterio, arguyen indudablemente una grave preocupación por un asunto de innegable interés para la formación y educación sacerdotal.

Para proveer al remedio y disponer de una colección informativa de las ideas y legislación de los Papas últimos sobre este asunto, y recoger la mentalidad de ilustres sabios sobre lo mismo, la mencionada Sagrada Congregación ha editado dos opúsculos (Cf. HELMANTICA, n. 31, 5, n. 2).

La causa radical y psicológica del reflujo del latín y cultura clásica puede ponerse a cuenta de la crisis de mentalidad, propia de esta era técnica y atómica, cuyo fruto inmediato y legítimo es la falta de perspectiva, para no ver ni apreciar más que lo próximamente utilizable y de aplicación positiva en la «vida». Pero ¿es que no hay que tener en cuenta los valores perennes del espíritu, el recto uso de las facultades más nobles, el ejercicio del propio pensar, la libertad para el bien, fruto de un sano y elevado humanismo?

Como se ve, en el sector eclesiástico no es más que la resonancia del problema que para una zona más amplia de educandos ha merecido la atención de la Conferencia de Rectores y Vicecancilleres de las Universidades de Europa, reunidos en Julio de 1956 en Cambridge [3].

Para remediar el mal y prevenir deplorables consecuencias de tal morbo contagioso, en lo que se refiere a la educación in-

---

[3] «Estando manifiesta, en muchos sectores, una tendencia cada vez más acentuada a la especialización en la investigación por lo que toca a la formación del estudiante, la Conferencia observa con inquietud tal dirección, si apunta a sacrificar la cultura general. La conferencia desea aclarar que esta cultura general no debe consistir en un conocimiento enciclopédico, sino que debe centrarse en nutrir el espíritu, en formar el juicio y la personalidad del estudiante y en suscitar en él una curiosidad que lo haga capaz de interesarse en el mundo y en el hombre de su tiempo. Por esto la Conferencia recomienda que, en todo caso, la enseñanza profesional esté fundada sobre una base científica y humanística». «Estudios Clásicos», III, 1956, p. 506.

Universidad Pontificia de Salamanca

telectual y humana del sacerdote, la Sagrada Congregación aludida puntualiza en el Documento tres recursos poderosamente eficientes:

I. Selección de profesores.
II. Método equilibrado de enseñanza.
III. Dedicación de tiempo y trabajo.

Vamos a hilvanar aquí algunas consideraciones sobre cada uno de estos tres puntos.

I

El remedio primero, y principal a nuestro juicio, que señala, es la *selectio Magistrorum.*

Está sobradamente comprobado por la experiencia que «una clase es lo que sea el profesor». Efectivamente, donde hay un hombre, hay una creación, una empresa en cualquier orden. ¿Por qué se honran y enorgullecen personas notables de ser discípulos de ilustres maestros, en ciencia, en arte, sino, porque cuanto más prestigioso fue el maestro, más se cree el alumno en posesión de las dotes de aquél, más participa de sus altos valores culturales?

La piedra angular pues de una clase es el profesor, se entiende, el buen profesor. Con toda razón dice el P. Cayuela (*Humanidaes Clásicas,* Zaragoza, 1940, p. 595): «El Profesor lo es todo. Gran parte de los fracasos que en diversas épocas y lugares han experimentado en algunos Centros los estudios de Humanidades y que han menoscabado el crédito de tales estudios, se han debido a la impericia de profesores mal formados, o faltos de espíritu humanístico en la enseñanza». Y en la «Primera Reunión de Estudios sobre la Metodología del Latín en la Enseñanza Media» de enero 1957 se estableció en la segunda ponencia como primer principio fundamental: «La suerte del latín depende, más que de los planes de enseñanza, de los profesores que explican esta disciplina» (Cf. «Estudios Clásicos», 4, 1957, p. 144).

Universidad Pontificia de Salamanca

La Circular de la Sagrada Congregación sienta en el mismo sentido el siguiente principio:

Perspicuum est enim nullum huius disciplinae profectum esse sperandum usque dum magistri haudquaquam idonei huic operi addicti fuerint.

Ahora bien, el buen profesor debe apoyarse en una doble base: ciencia y didáctica pedagógica.

Tratándose de este terreno en que nos movemos, de las lenguas clásicas, no hay que pensar en ellas como en simples auxiliares para descifrar textos antiguos, sino hay que tomarlas como instrumentos poderosos para penetrar honradamente en el mundo y ambiente cultural de griegos y romanos. Hay que formarse idea clara y exacta de lo que significan en amplitud y hondura los conceptos de «Lengua y Literatura latinas», que es la más atacada de las clásicas; y no debe olvidarse que los dos constituyen una idea compleja, que es la de «cultura latina». De otro modo no podrá valorarse justamente la preparación seria de un profesor auténtico de tal disciplina.

Desde luego deberá volver reflexivamente sobre el carácter y genio de la misma lengua, sus elementos, estructura y evolución. El latín es tipo de lengua sintética en la morfología, a diferencia de las lenguas modernas, especialmente de sus derivadas, las románicas, que se presentan como analíticas; es más complicado por tanto en la flexión nominal y verbal. Su verbo ofrece otro sistema de organización de sus tiempos y modos, con otros valores. Tiene más variedad de temas, con participios, supinos, gerundivos, que no tienen aquéllas. La misma carencia de artículo crea dificultades de interpretación con la suplencia por medio de otros elementos determinantes.

En cuanto a la construcción sintáctica es más lógica y rígida en latín por efecto de la misma flexión, y estructurada más estrictamente, sobre todo en las hipotácticas, con una dependencia mayor en la concordancia de tiempos, en el estilo indirecto, y en los usos y valores del subjuntivo.

No digamos nada, si entramos en la Fonética histórica, en la Semántica con la evolución y desplazamientos de sentidos,

Universidad Pontificia de Salamanca

y en la Estilística, para interpretar correctamente a un autor determinado, según el desarrollo de la lengua en su época.

Piénsese por otro lado en el amplísimo ámbito que abraza la cultura latina, objeto íntegro de la lengua y literatura, que es tanto cuanto la historia de la nación romana en siglos, en área geográfica y en Instituciones. Esto implica forzosamente en su contenido una inmensa variedad de hechos sociales, de creaciones de tipo político-administrativo, jurídicas, religiosas, de costumbres, doctrinas filosóficas, manifestaciones artísticas, en fin, de una trama histórica nada simple, que requiere para su conocimiento no una lectura de datos aislados o de manual, sino un estudio de sus fuentes y textos, y una consulta asidua de las grandes obras, tratados y colecciones especializadas sobre esos «realia».

Y no es eso sólo, la extensión de la cultura latina. De todos estos elementos del sólido edificio cultural romano no sabrá darse a sí mismo una verdadera explicación, si no los refiere y enlaza con sus fuentes originarias, es decir, si no conoce a la par y hondamente la Antigüedad griega, a través de su lengua y literatura e historia, que son a no dudarlo, el preceptor y modelo de la romana.

Además el profesor de latín, consciente de la base científica indispensable de sus conocimientos, debe aplicar a su disciplina un criterio evolutivo y diacrónico, no sólo un aspecto sincrónico considerando la cultura latina en una situación y estadio determinados de un período tomado como modélico; ha de tener en cuenta la historia de la lengua, como suele tenerse la de la literatura, y distinguir sus manifestaciones. No es lo mismo el latín preliterario, o el arcáico que el del siglo I a. C., o que el postclásico de período imperial, o que el latín de la Antigüedad tardía, o que el latín cristiano o el medieval.

Sin olvidar los preciosos conocimientos auxiliares de la Gramática comparada y de la Lingüística que le explicarán muchos fenómenos fonéticos, morfológicos y otros hechos gramaticales, y conociendo igualmente la forma de transmisión de los textos, que puede contribuir mucho a su recta interpretación, hay por otro lado un aspecto que suele ser bastante descuidado y que reclama la atención, y es la relación semántica más o me-

Universidad Pontificia de Salamanca

nos próxima que presentan con los idiomas románicos muchos fenómenos de lengua y hechos gramaticales, pero precisamente hay que fijarse en ellos para señalar sus diferencias semasiológicas sobre todo, cuando vocablos homofónicos o parafónicos latinos con sus correspondientes españoles, por ejemplo, fácilmente inducen a una transcripción falsa de sentido y a una traducción e interpretación errónea o inexacta del texto. Para esto sirve el estudio previo y concienzudo del contexto y la discriminación de épocas en el estilo y lengua, de que se ha hablado poco ha. Siempre por tanto ha de atenderse al genio de la lengua dentro de su desarrollo y variaciones históricas, en sus diversos elementos lexicológicos, morfológicos y sintácticos.

Tal serie de conocimientos supone una dedicación y preparación más que elemental, algo más por cierto que los escuetos años de latín de un Bachillerato, aún del tipo clásico, o los cinco años de Seminario. Esta disciplina, como las demás, y más que otras, necesita de un conocimiento superior en el profesor, no porque haya éste de dar o enseñar a los alumnos elementales todos esos conocimientos que posee él, sino porque tiene que discernir el panorama en su extensión y profundidad para saber dónde elegir, para llamar la atención y solicitar el interés de los alumnos sobre un punto, para dar aclaraciones, que no traen, ni pueden traer los libros de texto. Debe el profesor ver con claridad el fondo de la cultura latina, para distribuir a su vez agua pura y limpia a los que buscan agua potable de latín inteligible y asequible.

Si para otras disciplinas, como Filosofía, Historia, Teología, se exigen preparación y conocimientos superiores de Facultad, ¿por qué no para el profesor de Lenguas y Literatura clásica, bien sea de Bachillerato, bien y con más razón, de Seminarios y Centros apostólicos? Esta disciplina tiene en las Universidades de las naciones más cultas la misma autonomía y categoría académica que las demás Facultades? ¿Por qué en los Centros eclesiásticos citados no ha de tener el profesor de Clásicas, Humanidades y Filología, la misma categoría científica, y por ende la misma consideración económica y académica que los demás profesores?

Además que el profesor, filólogo y humanista, si está a la

Universidad Pontificia de Salamanca

altura adecuada, puede ser un colaborador inteligente para la interpretación de los Santos Padres y de la Sagrada Escritura, cuyo estilo requiere a veces no vulgares conocimientos de sus lenguas.

Cuando el profesor es consciente de una preparación suficiente, bien cimentada y adaptada al fin de su docencia, siente convicciones y entusiasmo por los valores de la Cultura antigua, que en sus raíces es cultura humana, y no deja de experimentar inquietud porque estos valores se mantengan, progresen y se transmitan a sus sucesores.

La Universidad es por lo común el órgano más apropiado y dispuesto para procurar esa formación científica —y en su día pedagógica— al profesorado de Lenguas Clásicas, en sus dos aspectos filológico y humanístico.

Tiene indiscutiblemente a su favor todas las razones la apremiante exhortación con que la Sagrada Congregación cierra el apartado I del documento que comentamos:

Curent igitur Ordinarii, ut discipulos doctis praeceptoribus solummodo committant, iis in primis qui, cum altius ac diligentius apud Universitates studiorum in litteris elaboraverint, sint instituendi docendique periti; qui si desint, omni contentione eos parare enitantur.

II

La segunda condición para una enseñanza efectiva y formativa, es de tipo pedagógico y didáctico. Ha de tender a que los alumnos la cultiven, la estimen y con la estima la aprendan fácil y profundamente:

Ad Latinum autem sermonem facilius penitiusque ediscendum, Seminarii alumni inde a primis navandis litterarum studiis huius linguae rudimentis instituantur necesse est.

También la Unesco propugna esta idea a través de la Comisión de la F. I. E. C.:

«Il est à souhaiter que l'enseignement des langues classiques dans les établissements de second degré s'adresse aux en-

Universidad Pontificia de Salamanca

fants aptes à le recevoir intellectuellement parlant, en dehors de toute considération de la classe sociale, et que ceux-ci débutent dans cette étude le plus tot possible, c'est à dire des le passage de l'école primaire dans les gymnases ou lycées» (Cf. «Estudios Clásicos» 4, 1958, p. 359).

Dos posiciones extremas pueden producirse a este respecto, colocándose unilateralmente en uno de los criterios metodológicos siguientes: Por un lado exagerando el tiempo y esfuerzo dedicado a explicaciones filológicas de los textos y ampliaciones lingüísticas, recargando de detalles especulativos o positivos las lecciones; con lo que se enmarañan y desorientan las inteligencias juveniles, que de ese modo pueden sentirse fastidiadas con el aparato que no llegan a digerir.

El mismo efecto pernicioso puede producir el acumular pesadamente en la memoria regla tras regla de la Gramática con minuciosas excepciones de toda clase, sin practicarlas gradualmente con ejercicios directos e inversos, que respondan a las teorías.

El otro lado extremoso es el que se pliega a una tendencia facilitona, corriente hoy día, que trata de eliminar todo esfuerzo de memoria, y reducir al mínimo el trabajo intelectual del alumno; para eso prescinde de casi toda regla y aprendizaje gramatical, sintáctico sobre todo, pretendiendo basar toda la preparación en los hechos de lengua observados en los autores, cuando ni aún apenas saben leerlos.

Existe por otra parte el prejuicio práctico, de buenos y experimentados profesores frecuentemente, de prescindir de todo lo que sepa a explicación científica, filológica o lingüística, por creerlo carga inútil para una «buena y sustancial traducción».

Del primer extremo señalado puede fácilmente resultar que por un exceso de especulación y «filología», y por falta de lectura, interpretación y «saboreo» de los autores, no lleguen a comprenderlos, y menos a captar todo su ambiente, aunque sepan distinguir perfectamente un sufijo temático de un sufijo desinencial. O análogamente pueden saber recitar de memoria una multitud de reglas del género, del caso o de las oraciones

Universidad Pontificia de Salamanca

con *cum,* sin atinar a extraerlas de los textos, y aplicarlas para una traducción más correcta y exacta [4].

Del segundo extremo proviene a los alumnos un enorme desaliento, porque a las primeras tentativas para traducir un texto no difícil, tropiezan con un andamiaje, cuya trabazón no entienden, con un armazón gramatical y lógico, enigmático para ellos, y a la fuerza, en seguida desesperan de poder andar solos por aquel intrincado bosque de piezas y ramaje en todas direcciones.

Así como también sucede, que los que no han aprendido a apreciar algo de las bases científico-filológicas por haber visto desdeñarlas prácticamente, podrán traducir «en sustancia», o poco más o menos por cálculo de aproximación, o instinto, pero harto empíricamente, sin precisión, sin darse razón de ello y del contexto-ambiente histórico y estilístico, y otros matices que explican muchas ideas y expresiones de los textos. Viene a ser como desarrollar un teorema en el encerado, sin saber demostrarlo.

Entre tales escollos *medium iter tenere debemus: apta igitur et efficax illa nobis videtur alumnorum institutio, quae - opera congruenter impensa grammaticae regulis verborumque constructioni ediscendis - crebris exercitationibus ad difficultates evincendas et ad scriptores recte interpretandos gradatim perducat.*

Para toda lengua, aún moderna, es imprescindible una base gramatical, lo limitada que se quiera y convenga; pero para las lenguas clásicas es más necesaria esta propedéutica y con más amplitud que aquéllas, dado el carácter más complejo y sintético de su estructura. Con razón dice el Dr. Francisco Adrados [5]: «pero la dificultad (del aprendizaje de la Morfología), aún reducida, subsiste, ya que el Latín y el Griego sin gramática de que se ha hablado alguna vez es pura y simplemente un absurdo». Son aleccionadores para el caso los dos

---

[4] Cf. A. Bacci, *Adversus grammatistas et minutioris eruditionis amatores,* «Latinitas», IV, 1956, 91, ss.

[5] *Puntos de vista sobre la enseñanza de las Lenguas Clásicas,* «Estudios Clásicos», II, 1954, 315.

Universidad Pontificia de Salamanca

textos, uno de Plinio el Joven, y otro de Cicerón, mal interpretados por pasar ligeramente sobre la sintaxis, que trae H. Tescari en su artículo «*De Grammaticae rei penitus discendae necessitate, si quis recte pleneque scriptores latinos intellegere velit*», «Latinitas», VII, 1959, 22-3.

La buena pedagogía clásica considera indispensable una preparación gramatical suficiente e intensa de Vocabulario, Morfología (con los temas de la flexión nominal y verbal bien aprendidos de memoria), de Sintaxis de la oración compuesta sobre todo, con un caudal mínimo básico, retenido en la memoria y distribuído en los primeros cursos progresivamente y al unísono con abundantes ejercicios escritos directos del latín al español, y a la inversa, que ya hemos indicado anteriormente, pero tomados de los mismos autores latinos que se leen y comentan.

No disiente de estas ideas la recomendación de la Comisión de la F. I. E. C., de la Unesco, mencionada antes, cuando dice: «Sur la façon d'enseigner les langues classiques on pourrait tirer profit des suggestions suivantes: la règle la plus simple et la plus générale consistera à dire que cet enseignement doit être fait par la langue même. Il faut, selon les gouts des enseignants et les capacités des élèves, allier de façon continue et harmonieuse l'acquisition des connaissances grammaticales et la lecture des textes. La grammaire peut être comme tirée des textes, à condition qu'on sache rappeler à l'enfant les paradigmes et les tableaux qui fixeront ses acquisitions et aideront l'indispensable exercice de la mémoire. La lecture des textes se fera tantot en insistant sur l'effort nécessaire de raisonnement logique, tantot, quand l'auteur sera plus facile, d'une façon rapide. Il faudra éviter de faire de la traduction une fin en elle-même, mais ouvrir l'ésprit des élèves aux valeurs spirituelles et artistiques des oeuvres sans en négliger le contexte historique» [6].

Cuando hay ya una base empírica, asimilada con buen método y recta terminología, entonces encajan y son útiles explicaciones limitadas y ponderadas de Fonética y Morfología his-

---

[6] «Estudios Clásicos», IV, 1958, 359.

Universidad Pontificia de Salamanca

tórica, de Estilística y Sintaxis razonadas. Estas y otras ampliaciones filológico-lingüísticas en dosis moderadas dan firmeza y solidez a los conocimientos prácticos y satisfacen más al entendimiento.

Una práctica metodológica propone la Circular que comentamos, interesante y digna de aplicarse: Los autores que se seleccionen para la enseñanza del Latín, han de pertenecer a todos los estadios de la latinidad. Es medida acertada para tener una amplia visión de toda la cultura latina. Claro que han de ir distribuidos paulatina y progresivamente, según su grado de dificultad en el fondo y en la forma. No hay por qué limitar los autores a la época llamada clásica y áurea [7].

Y en realidad este es el meollo y clave de la efectividad y frutos positivos del estudio serio del Latín. Todo lo que precede y acompaña a la lectura e interpretación bajo todos los aspectos de los autores es auxiliar e instrumental.

A esta lectura comentada debe preceder por parte del profesor la *praelectio*, ilustrativa de los puntos oscuros o difíciles por su construcción gramatical, por su desplazamiento de sentido, por los datos históricos que implica, de instituciones o mitología, que contiene el contexto [8]. Con este plan bien actuado no se quedarán los alumnos, aún de los últimos cursos, en la corteza de una simple comprensión lógica del pensamiento, sino que llegarán a gustar la sabiduría, la belleza, los nobles sentimientos de los antiguos, que han fecundado nuestra conciencia y mentalidad humana, y constituye el fondo de eso que se denomina «Humanismo».

Linguam Latinam non esse mortuum quiddam vel exsangue inutile, sed instrumentum atque sapientiae humanitatisque vehiculum, quibus, Ecclesia duce et magistra, noster civilis cultus effictus et conformatus est: eam igitur iure meritoque firmam etiam hodie servare vim et efficacitatem (Epist., II).

---

[7] Cf. AE. SPRINGHTTI, S. J., *Institutiones stili latini*, Romae, 1954, p. 262 ss.

[8] Cf. A. CAYUELA, S. I., *o. c.*, pp. 52-619. Cf. *etiam* J. JIMENEZ, C. M. F. *La traducción latina*, «Páginas de la Revista de Educación», sobre todo la Parte II pp. 27, ss.

Universidad Pontificia de Salamanca

III

La empresa, como se ve por lo que antecede, no es ligera, ni fácil. Es teórica y práctica, positiva y de observación por un lado, y por otro especulativa y de interpretación. Imposible prescindir de los hechos de lengua y estilo y de una síntesis inteligente.

Y lo que es difícil y laborioso, no se puede decir que no lo sea; ni hay que creer que pueda tragarse la áspera píldora dulcemente como un caramelo.

Por lo mismo que la discencia del Latín no es cosa de poco más o menos, requiere ineludiblemente dedicación de tiempo y esfuerzo. Lo recalca con firmes palabras el Documento:

Ut enim eius praecepta et usum calleant - cum praesertim haud parvae obstent difficultates - multum temporis et laboris requiritur.

Las razones y criterios para medir la influencia fundamental y cultural del Latín son harto conocidas y reiteradamente debatidas en revistas especializadas y generales y en la prensa [9],

---

[9] A título de información sobre esta cuestión, puede consultarse entre otras publicaciones:

A. GUILLEMIN, *La Pédagogie du latin*, «Memorial Marouzeau», Les Belles Lettres, Paris, 1943, 1641-660.

F. CHARMOT, *El Humanismo y lo humano. Ed. Difusión*, Buenos Aires, 1946.

P. BOYANCE, *Querelle du latin*, «Monde», 12-XII-53.

F. R. ADRADOS, *art. cit.*, «Estudios Clásicos», II, 1954, 310-325.

J. CAMPOS, Sch. P., *El latín y lo latino*, «Revista Calasancia», 1, 1955, 77-83. *Actitud del Santo Fundador (S. José de Calasanz) ante el Humanismo clásico*, «Revista Calasancia», 12, 1957, pp. 13-15.

E. DE SAINT-DENIS, *Assiterons-nous à l'agonie des études latines?*, «Revue Universitaire», mayo y junio 1953, 129-223; «Bulletin de l'Asociation Guillaume Budé, junio, 1954, 21-25.

A. GRISART, *Les diverses façons de defendre les humanités*, «Association Classique de l'Université de Liege», III, 1955, 63-73.

THEO HERRLE, *Das klassische Altertum im Zwielicht der Nachkriegsjahre*, «Societas Latina», XXI, 1955, 3-15.

M. FORNACIARI, *Latinorum*, Ed. Gust. Gili, Barcelona, 1952.

J. JIMENEZ, C. M. F., *El Latín, disciplina clave*, «Helmantica», 31, 35-62.

V. E. HERNANDEZ VISTA, *La cuestión del Latín*, «Estudios Clásicos», III, 1956, 504-514.

V. HERNANDEZ VISTA, *La Pedagogía de las lenguas clásicas en la En-*

Universidad Pontificia de Salamanca

durante la polémica, que sigue agitándose en varias naciones europeas y americanas. No hay por qué repetirlas en este lugar.

Solamente ponemos de relieve aquí una idea sustantiva a este respecto, ya insinuada en líneas anteriores: el Latín no es un cúmulo o centón de datos, como repertorio de erudición de museo. Es una formación humana con bases culturales universales.

No hay que perder de vista que estamos hablando de alumnos de educación eclesiástica, si bien el tema no puede separarse del problema general que está en el ambiente de la sociedad actual.

¿Qué tiempo y labor ha de dedicarse por estos alumnos a las Humanidades clásicas en los años de su estudio?

Sencillamente el que corresponde a una disciplina principal y fundamental. La complejidad y multitud de aspectos que ofrece en extensión, contenido e implicaciones con otros conocimientos, que ya hemos considerado, no pueden captarse sino lenta, asidua y tenazmente. Una labor y dedicación diaria, por lo menos durante los cinco años, es lo que responde a estos criterios.

Tal esfuerzo e intensidad ha de estar en consonancia con la importancia positiva que se le dé por parte del profesor, reflejada en calificaciones y exámenes, para que no decaiga su

---

señanza Media, ponencia, Actas del Primer Congreso Español de Estudios Clásicos, Madrid, 1958, 191-213.

V. GARCIA DE DIEGO, *Los estudios clásicos en la enseñanza española actual. Problemas y soluciones*, Comunicación, Actas del Primer Congreso Español de Estudios Clásicos, Madrid, 1958, 224, 6 (Resumen).

Con relación al Latín en Seminarios y Escuelas Apostólicas, cf.: entre otras publicaciones:

J. MARIA MIR, C. M. F., *De lingua latina rite excolenda*, «Palaestra Latina», n. 165, 1959, pp. 1-19; «Commentarium pro Religiosis», 38, 1959, 94-111.

J. CAMPOS, Sch. P., *El estudio de las Humanidades en las Escuelas Apostólicas*, «Helmantica», 24, 1956, 378-389.

J. JIMENEZ, C. M. F., *El Latín y los Estudios Eclesiásticos*, «Helmantica», 28 (1958) 3-26.

M. NOIROT, *Le latin, langue vivante de l'Eglise*, «L'Ami du Clergé», 68, 1958, 537-546.

Universidad Pontificia de Salamanca

interés por parte de los alumnos. Al contrario, cuando éstos se encuentran con la impresión de que van comprendiendo y dándose razón de lo que leen, y se van enterando de las ideas y sentimientos de un mundo nuevo que no conocían, pero que sorprenden enlazado con el suyo en conceptos e historia, se rinden a su encanto y se entregan con ilusión a su estudio y penetración.

Reducir a la inversa las horas dedicadas a la docencia del Latín a días alternos a título de preparar otras disciplinas para el Bachillerato oficial es una didáctica de recetas y expedientes, que ni hierra, ni quita el banco.

La Iglesia, como tiene sus propios fines al formar a los alumnos destinados al Sacerdocio, tiene también sus leyes adecuadas, a las que no tiene por qué renunciar.

No es que haya de subestimarse y menospreciar la obtención de un título académico; pero, si en la formación del Sacerdote ha de prevalecer un criterio humanístico sobre cualquiera otro en su primera formación, no puede concebirse éste sin el fundamento de las lenguas y culturas clásicas, como lo evigió Benedicto XV en la *Ratio Studiorum* para los Seminaristas de Italia, «la prevalenza delle lettere sulle altre materie», y quedó consignado en el Derecho Canónico (c. 1364).

Resumiendo el pensamiento de la Iglesia expuesto por la Sda. Congregación de Seminarios y Universidades, Ella:

I. Apremia las normas prescritas para la enseñanza del Latín.

III. Recalca que la lengua latina es propia del Sacerdote.

III. Llama la atención sobre el hecho de que esta lengua ha decaído mucho en Centros de formación sacerdotal.

IV. Lamenta las consecuencias funestas de tal decadencia, si no se aplican los remedios oportunos.

V. Propone, finalmente, tres remedios principales: 1) Selección de profesores; 2) aplicación de un método didáctico acertado; 3) dedicación de tiempo y trabajo.

De donde se obtendrá *ut (tirones) eam colant, diligant ac diligendo optime discant* (Epist., II).

J. CAMPOS, Sch. P.

Universidad Pontificia de Salamanca